



PARROQUIA PADRE NUESTRO



Alameda de Osuna.
Avda de Cantabria 4
28042- Madrid
Telf.917652110
www.padrenuestro.es

Num.1197 Domingo XXXII T.O 2020.11.08

SENSATEZ EN LA ESPERA

La primera generación cristiana vivió convencida de que Jesús, el Señor resucitado, volvería muy pronto lleno de vida. No fue así. Poco a poco, los seguidores de Jesús se tuvieron que preparar para una larga espera.

No es difícil imaginar las preguntas que se despertaron entre ellos. ¿Cómo mantener vivo el espíritu de los comienzos? ¿Cómo vivir despiertos mientras llega el Señor? ¿Cómo alimentar la fe sin dejar que se apague? Un relato de Jesús sobre lo sucedido en una boda les ayudaba a pensar la respuesta.



Diez jóvenes, amigas de la novia, encienden sus antorchas y se preparan para recibir al esposo. Cuando, al caer el sol, llegue a tomar consigo a la esposa, los acompañarán a ambos en el cortejo que los llevará hasta la casa del esposo donde se celebrará el banquete nupcial.

Hay un detalle que el narrador quiere destacar desde el comienzo. Entre las jóvenes hay cinco «*sensatas*» y previsoras que toman consigo aceite para impregnar sus antorchas a medida que se vaya consumiendo la llama. Las otras cinco son unas «*necias*» y descuidadas que se olvidan de tomar aceite con el riesgo de que se les apaguen las antorchas.

Pronto descubrirán su error. El esposo se retrasa y no llega hasta medianoche. Cuando se oye la llamada a recibarlo, las sensatas alimentan con su aceite la llama de sus antorchas y acompañan al esposo hasta entrar con él en la fiesta. Las necias no saben sino lamentarse: «*Que se nos apagan las antorchas*». Ocupadas en adquirir aceite, llegan al banquete cuando la puerta está cerrada. Demasiado tarde.

¿Está Jesús hablando del fervor espiritual, del amor, de la gracia bautismal...? Tal vez es más sencillo recordar su gran deseo: «*Yo he venido a traer fuego a la tierra, y ¿qué he de querer, sino que se encienda?*». ¿Hay algo que pueda encender más nuestra fe que el contacto vivo con él?

Necesitamos urgentemente, no gastar energías en lo que nos distrae o desvía de su Evangelio. Encender cada domingo nuestra fe rumiando sus palabras y comulgando vitalmente con él. Nadie puede transformar nuestras comunidades como Jesús.

Lecturas: Sab. 6,12-16/San Pablo 4,13-18

Mt. 25,1-13. En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: –Se parecerá el reino de los cielos a diez vírgenes que tomaron sus lámparas y salieron al encuentro del esposo. Cinco de ellas eran necias y cinco eran prudentes. Las necias, al tomar las lámparas, no se proveyeron de aceite; en cambio, las prudentes se llevaron alcuzas de aceite con las lámparas. El esposo tardaba, les entró sueño a todas y se durmieron. A medianoche se oyó una voz: «¡Que llega el esposo, salid a su encuentro!». Entonces se despertaron todas aquellas vírgenes y se pusieron a preparar sus lámparas. Y las necias dijeron a las prudentes: «Dadnos de vuestro aceite, que se nos apagan las lámparas». Pero las prudentes contestaron: «Por si acaso no hay bastante para vosotras y nosotras, mejor es que vayáis a la tienda y os lo compréis ». Mientras iban a comprarlo, llegó el esposo, y las que estaban preparadas entraron con él al banquete de bodas, y se cerró la puerta. Más tarde llegaron también las otras vírgenes, diciendo: «Señor, señor, ábreños». Pero él respondió: «En verdad os digo que no os conozco». Por tanto, velad, porque no sabéis el día ni la hora».

Palabra del Señor

LECTIO DIVINA

Ambientación. Como todos los años, en el final del año, la Palabra de Dios nos invita a reflexionar sobre las últimas realidades. Algo que, ciertamente nos molesta, no nos gusta hablar de lo que antes llamábamos los «novísimos» (muerte, juicio, infierno y gloria). Pero lo que no podemos olvidar es que caminamos en un camino de esperanza, un camino de espera en la vuelta del Señor.

Nos preguntamos. Por ello tenemos que preguntarnos, cómo son nuestras actitudes de esperanza, si tenemos llenas nuestras alcuzas con el aceite de hacer siempre la voluntad de Dios. Preguntarnos si en nuestra vida caemos en la desesperanza y nos arriesgamos a que el Señor nos sorprenda dormidos y sin aceite.

Nos dejamos iluminar. Por el hecho de esperar los cielos nuevos y la tierra nueva no dejemos de trabajar en este cielo y en esta tierra, para ello nos ilumina el último Concilio Vaticano II: «Ignoramos el tiempo en que se hará la consumación de la tierra y de la humanidad... La espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar, la preocupación de perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo».

Seguimos a Jesucristo hoy. Seguir a Jesucristo hoy es esperar a Cristo que viene a nuestra vida y que vendrá al final de los tiempos para establecer unos cielos nuevos y una tierra nueva en los que habite la justicia. Por eso le decimos cada vez que celebramos la Eucaristía, pero en este tiempo de esperanza tenemos que tener llenas las alcuzas del aceite de la disponibilidad y la obediencia para hacer siempre la voluntad de Dios.